

099. La Iglesia mira hacia el fin

Eran las fiestas natalicias del Emperador de Roma, y en la ciudad africana de Cartago se celebraban muy a la romana: con grandes espectáculos en el circo.

Este año el plato fuerte de la diversión iba a ser el martirio de varios cristianos condenados a las fieras por su fe en Jesucristo.

Por las emocionantes actas de aquel acontecimiento, sabemos lo que hicieron Perpetua, Felícitas y Sáturo, que iban al frente del grupo.

El circo estaba atestado de gente que vitoreaba al Emperador, maldecía a Cristo y se burlaba de sus pobres seguidores que esperaban la salida de las fieras... Los testigos de la fe hacen señas, y los miles de espectadores guardan silencio. Con aire de vencedores, y no de derrotados, se despiden del público:

- *¡Mírennos bien todos las caras, para que nos puedan reconocer en el día del Juicio!...*

Con palabras semejantes hacían la profesión de fe en una de las verdades que la Iglesia ha considerado siempre como centrales de su fe: La vuelta de Jesucristo al final de los tiempos, para resucitar a los muertos de todos los siglos, y hacerlos comparecer ante de su divino tribunal.

Lo interesante es que la Iglesia no ha tenido nunca miedo a ese día final, sino que lo ha considerado como su gran día, el más soñado de todos.

¿Por qué? Pues, porque el cristiano vive de la esperanza.

¿Puede temer el cristiano una condenación pronunciada por Jesucristo que lo salvó?...

Si se ha esforzado en seguir a Jesucristo hasta el final, ¿le va a fallar Jesucristo, que viene a recoger la enorme cosecha de almas ganadas con su sangre?...

Si Jesucristo le dijo: *“Porque te has alimentado de mi carne y has bebido mi sangre, tienes vida eterna y yo te resucitaré el último día”*, ¿puede el cristiano temblar cuando le ha llegado el gran momento?

Si oyó de labios de Jesucristo: *“el que persevere hasta el fin, se salvará”*, ¿ha de temer ahora la perdición, desde el momento que murió efectivamente en Cristo Jesús?...

Si le dice el Apocalipsis: *“¡Dichosos los que mueren en el Señor!”*, ¿cómo el cristiano va a tener miedo ante la visión de aquel día grandioso?...

Así ha pensando siempre la Iglesia, así discurrimos los cristianos, y entonces, lo que a otros puede causar inquietud, miedo y hasta terror, a los cristianos nos produce un gozo indecible, mientras llega aquel día dichoso.

Había unos religiosos muy severos en la Iglesia de los cuales se contaba como cosa muy curiosa lo que era su saludo al encontrarse. En vez del consabido “¡Buenos días!”, “¡Buenas tardes!” u otra fórmula de cortesía, uno decía: “¡Tenemos que morir!”, y el otro contestaba grave: “¡Ya lo sabemos!”...

Pero llegaba el día de Pascua, recogían unas florecillas que por su forma eran llamadas “llavecitas del cielo”, y se las entregaban mutuamente con este saludo tan bello: *“¡Acuérdate de la vida!”*...

Dicen que aquellos religiosos lo hacían así... Lo cierto es que con esa su tradición familiar daban vida a la fe de la Iglesia que espera, no ya confiada, sino con ilusión verdadera, aquella resurrección final por la que tanto suspira.

En un momento culminante de su vida, Jesús se encuentra en Betania ante la tumba de Lázaro. Lágrimas de todos, y de Jesús también, porque amaba entrañablemente al amigo. Pero en medio del dolor y el desconcierto de todos, Jesús lanza unas palabras que resultaban grandiosas en aquellos momentos solemnes:

- *Yo soy la resurrección y la vida. Quien cree en mí, aunque haya de morir, vivirá, y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre.*

La Iglesia ha respondido con fe inquebrantable, mejor que Marta en aquella ocasión: *¡Sí; creo! Tú eres el Cristo que tenía que venir al mundo, y sé que cumplirás tu palabra...* (Juan 11,25-27)

Es verdad que Jesucristo, cuando prometía a su Iglesia una resurrección final, hacía preceder aquel gran día con unos acontecimientos catastróficos, como el retemblar de la tierra, la caída de los astros del cielo, la destrucción universal. Aparte de que esto es un lenguaje figurado y apocalíptico, para el cristiano son tales cataclismos motivo de mayor confianza, como se lo pide Jesús:

- *Al ver que suceden todas estas cosas, ¡alzar la cabeza, que se acerca vuestra liberación!* (Lucas 21,28)

La Iglesia, sabedora de eso que va a venir, sabe infundir fuerte esperanza en sus hijos ante el momento supremo: -*¡No te vas para morir, sino para vivir eternamente! El sepulcro es algo provisional nada más, ¡no le tengas miedo!*

Uno de los sabios más grandes de los últimos tiempos tenía en su despacho un bote lleno de limaduras de hierro, y uno le preguntó cómo podría ser lo de la fe cristiana sobre la resurrección de los muertos: -*¿Cómo va a ser posible eso?...*

El sabio no dice una palabra. Toma todas aquella partículas de metal, las revuelve con tierra, y le propone al medio incrédulo:

- *¿Puede usted separar ahora el hierro y el polvo?.*

- *No; eso me resultaría un imposible.*

- *¿Cómo? ¡Si es tan fácil!...*

Agarra el sabio un imán, lo mete entre la mezcla, y al cabo de unos momentos estaban hierro y polvo separados... (Newton)

Jesucristo será aquel día último el gran imán para los cuerpos de quienes murieron en Él. -*¡Salgan del polvo de sus sepulcros, que aquí los espero!...*

Desde el momento que ésta es la fe de la Iglesia, ¿puede la Iglesia mirar con pena el final que le aguarda? No; no puede hacerlo así. Con serenidad grande mira en derredor, como aquellos mártires del circo, invitando a todos a su fe cristiana: -*No se quieran perder con los incrédulos. ¡Vengan a Cristo! El que ya vive y reina inmortal, les llama a todos a una resurrección gloriosa...*